

# NOA LA PELOS

en

*Cachitos de mi vida*



DiQueSí



© Ediciones DIQUESÍ

© de la autora: Cecilia Alonso

Ilustraciones: Cristina de Cos-Estrada

Edición: María J. Gómez

Diseño: Estelle Talavera

[novedad@edicionesdiquesi.com](mailto:novedad@edicionesdiquesi.com)

[www.edicionesdiquesi.com](http://www.edicionesdiquesi.com)

ISBN: 978-84-949396-9-3

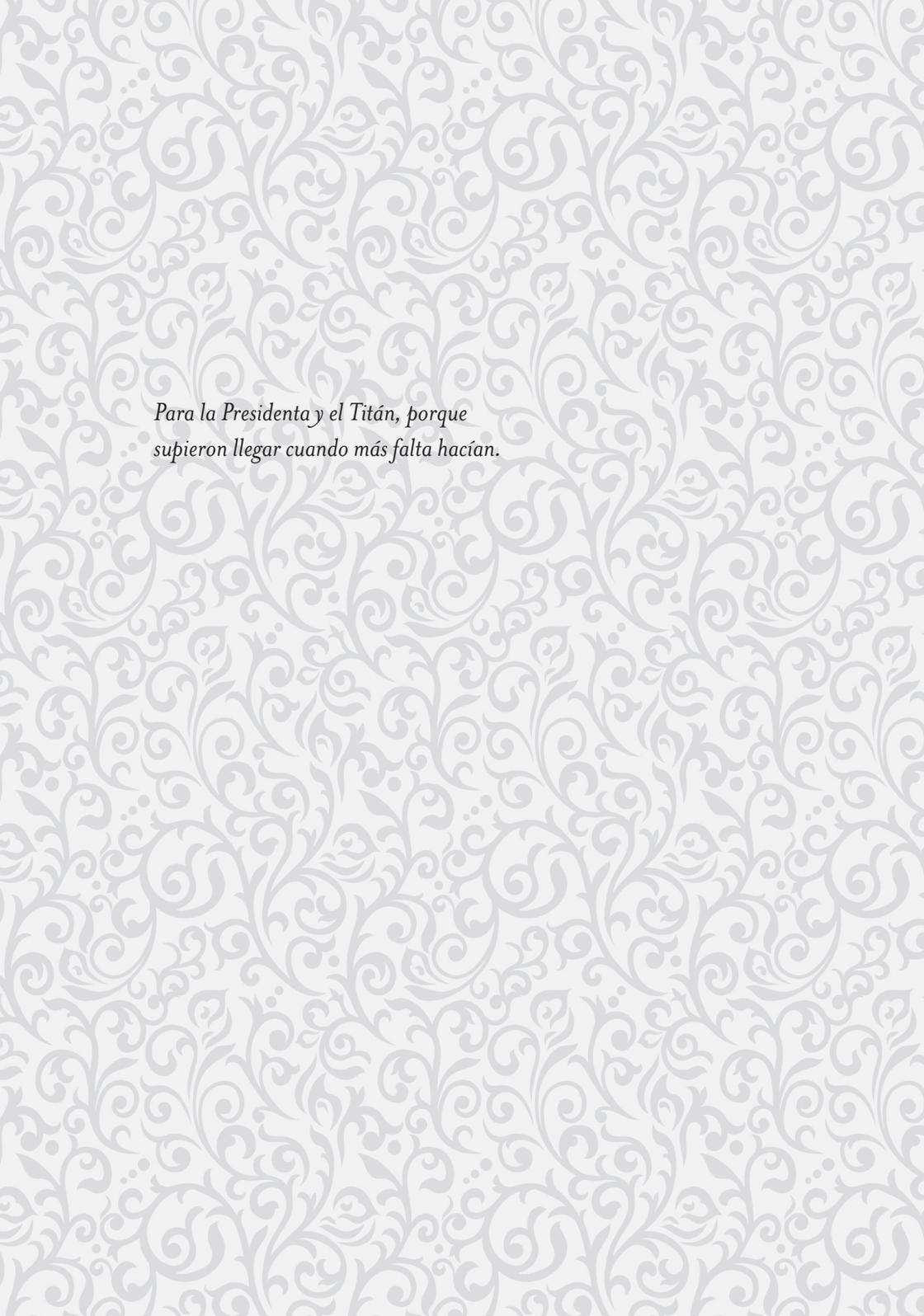
Depósito Legal: M-40352-2019

© Todos los derechos reservados

1ª Edición: Madrid 2019

Impreso en España por Estiló Estugraf S.L.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin permiso previo del editor.



*Para la Presidenta y el Titán, porque  
supieron llegar cuando más falta hacían.*





UNO

Sí, soy yo, Noa



Hola. Soy Noa, ya sabéis, la Pelos.

Soy la amiga de Antxón, ese chico que en su libro os contó cómo se convirtió en zombi y cómo tuvo que mudarse de Parla a Alcobendas. ¿Os acordáis? Que luego lo pasó un poco mal en el colegio, porque al ser zombi, a partir de cierta hora se empezaba a pudrir, se caía a cachos y olía como a bomba fétida. Ese es Antxón. El pobre se metía en cada lío al principio...

Yo soy la chica a la que llamaba la Pelos. También soy zombi, pero al principio Antxón no lo sabía. Yo le observaba en clase, cuando trataba de pasar desapercibido, pero se le daba fatal lo de disimular, porque andaba perdiendo el brazo cada dos por tres.

Hay muchos como nosotros en Alcobendas. Convi-  
vimos con los humanos, pero en la sombra, sin que

ellos lo sepan. No deben enterarse de que existimos, ¡a saber qué harían!

Aparte de lo de ser zombis, somos bastante normales. Mis padres dicen que me tenían que haber puesto de apodo Jefa, no Pelos. Siempre están con la misma bromita, y todo porque me gusta organizar bien las cosas. No mandar, que la gente se confunde, sino organizar, que es bien diferente.

Lo bueno es que, como también soy tímida al principio, estuve dos meses sin hablar con nadie cuando me cambiaron a este cole, porque me daba mucha vergüenza. Y al segundo día ya me habían puesto el apodo de la Pelos, porque, no es por presumir, pero tengo bastante estilo peinándome. He aprendido a arreglarme con los tutoriales de Internet. Lo llevo siempre monísimo. Con el flequillo hacia un lado, como las presentadoras de la tele, aunque a veces no consigo que se sujete bien y se me cae en la cara.

Resumiendo, que ahora todo el mundo me conoce como la Pelos. ¿Me ubicáis ya?

Y yo, la Pelos, soy la que cuenta esta vez la historia.

Es que Antxón no puede, está paralizado. Sus padres lo han colocado en la cama, tumbado boca arriba. No respira, no se mueve, está petrificado. Así que he de

ser yo la que os cuente todo lo que sucedió, aunque también podría hacerlo Rober; pero, bueno, ya sabéis cómo es Rober... Creo que yo lo haré mejor.

Vamos al tema. Esto fue lo que pasó...



Antxón no fue el primero. La primera en quedarse paralizada fue su hermana, Amaia. Por la picadura de un mosquito, uno con bastante mala uva.

Debía de ser de esos africanos, de los que habría acabado con la vida de una persona normal; sin embargo, a Amaia, como era zombi, la dejó catatónica, rígida y patitiesa como una estatua. Se quedó con una pierna levantada, con la que pretendía echar a correr para escapar del mosquito, y los brazos en alto, intentando espantar aquel bicharraco antes de que volviese a picarla. Lo único que acertó a decir antes de quedarse completamente parada fue: "Ay, ay, ay, maldito mosquito. ¿Por qué siempre vienen a mí?". Y así continuó, con los brazos hacia arriba, enredados, y cada pierna para un lado, como si en lugar de una niña fuese un cuadro de Picasso.

Antxón y yo, que estábamos con ella en el parque, nos preguntamos si nos estaba gastando una broma.



Rober también se encontraba allí, y él sí pareció darse cuenta de que la cosa iba en serio desde el minuto uno, porque la bolsa de gusanitos que estaba comiendo se le cayó rodando por el suelo. Rober no es muy listo, pero a veces sorprende.

—Venga, Amaia, ya nos hemos reído —le dijo Antxón a su hermana antes de ir hacia ella y darle varias palmaditas.

Lo único que consiguió fue que Amaia se cayese al suelo, así, como si fuese una plancha, sin doblar las rodillas ni nada. Se pegó un buen testarazo.

Antxón se puso supernervioso cuando vio que aquello no era una broma. La levantó un poco por la parte de la cabeza y comenzó a agitarla como si fuese un sonajero para que reaccionase.

Lo único que hacía Rober era mirar a Amaia y luego a los gusanitos tirados por el suelo. Ni Antxón ni él eran capaces de pensar con claridad. Así que tomé el mando.

—Vamos, Antxón, levántala por los pies. Rober, tú por la cabeza.

Amaia es muy delgada y menuda, pesa menos que un algodón de azúcar, pero tardamos siglos en llevarla hasta su casa porque teníamos que ir escondiéndonos de los

transeúntes. Era una estampa rara, dos niños llevando a una niña que parecía un bicho palo, agarrada como si fuese un tablero. Además, nos daba miedo que pensasen que la habíamos dejado así nosotros. Si alguien nos paraba, tendríamos que dar muchas explicaciones, así que nos escondíamos detrás de algún coche y luego íbamos corriendo hasta un contenedor, y de ahí, a una parada de autobús. Nos ocultábamos detrás de cualquier cosa lo suficientemente grande para resguardarnos a los tres, y después nos escabullíamos por las callejuelas menos concurridas. Nos costó lo suyo llevarla hasta su casa.

Cuando entramos, a su madre casi le da un síncope al ver a su hija en ese estado. En cambio, el padre reaccionó de inmediato y nos hizo dejarla en su habitación, sobre la cama. Tuvo que ayudar a Antxón y a Rober, que estaban tan cansados que llevaban a Amaia casi rozando el suelo. Hasta le arrastraba el pelo. La madre de Antxón le pellizcaba los brazos a ver si reaccionaba, pero Amaia no movía ni siquiera los ojos, que se habían quedado bien abiertos. El mosquito le había picado en el cuello, donde un sarpullido rosa no hacía más que crecer y abultarse.

La colocaron sobre la cama y la cubrieron con una manta fina. No cabía demasiado bien, al tener los

brazos extendidos hacia arriba, pero no había forma de bajárselos ni de doblarle el cuerpo. Estaba, como ya he dicho, tiesa como un palo. Tuvimos que dejarle los brazos apoyados en la pared, así que su cuerpo formaba una escuadra y en lugar de Amaia parecía una escalera de mano. Nos quedamos todos mirándola sin saber qué más hacer. Su padre empezó a interrogarnos, quería conocer todos los detalles.

Le explicamos que había sido un mosquito. No habíamos llegado a ver de qué tipo, pero imaginábamos que no era uno de los de toda la vida de Alcobendas. Tenía que ser una especie rara, de esos que pasan enfermedades como el dengue o la fiebre amarilla.

Entonces comenzamos a discutir los siguientes pasos.

Rober propuso ir a buscar un médico. Al padre de Antxón se le debió de olvidar que todos menos Rober somos zombis y que los médicos de los humanos de poco nos sirven, porque sacó corriendo su móvil del bolsillo y empezó a marcar el 112. Como me daba un poco de vergüenza corregirle, le hice un gesto a Antxón, que entendió a la primera, y le quitó el teléfono. Lo que menos necesitábamos era un humano no simpatizante de la causa zombi hurgando en nuestros problemas. Agarré la silla del escritorio de Amaia y le hice sentarse.

—Creo que será mejor que llamemos a la gente de la asociación —dije.

La asociación de zombis se llama en realidad PAHC: Plataforma para Afectados por el Hedor del Cabrales.

Es un nombre para despistar. Lo que nos pasa a los zombis es que nos despertamos por la mañana fresquitos, con mejor aspecto incluso que algunos humanos, pero a medida que pasa el día nos vamos pudriendo y empezamos a oler un poco mal. A eso de las cinco o seis de la tarde comenzamos a perder partes del cuerpo; lo llamamos “la hora de los cachos”. Por este motivo fundaron la asociación, sabían que todo aquel que oliese mal acabaría allí. También se interesó por la asociación algún humano con hábitos de higiene bastante cuestionables, pero bastaba con decirle que no olía a cabrales, sino a cebolla revenida, y arreglado. Se iban por donde habían venido.

En fin, que gracias a la asociación nos fuimos conociendo los zombis que vivimos en Alcobendas. Antes de que pasase lo de Amaia, siempre habíamos pensado que podían existir otras comunidades zombis, pero no teníamos ni idea de dónde podían estar.

La asociación cuenta con un local que nos ha cedido el ayuntamiento. Es un lugar de encuentro desde

donde se coordinan distintas iniciativas. Por ejemplo, se creó una campaña dentro del colectivo para que dejásemos de usar la palabra “pudrir” y la reemplazásemos por “deteriorar”, que es políticamente más correcta. Además, se empezaron a organizar quedadas de juegos de mesa, fiestas de disfraces... para que los más jóvenes nos fuésemos conociendo e hiciésemos nuevos amigos zombis. Nosotros también llevábamos a Rober de vez en cuando, porque sabía que éramos zombis y nos aceptaba sin hacer preguntas, por eso le dejaban venir a jugar.

La PAHC era el único lugar que se me ocurría para buscar ayuda, así que insistí:

—Deberíamos ir a la asociación a preguntar.

—Espera, Noa. Antes, vamos a mirar en Internet —sugirió Rober.

Y los tres se pusieron a buscar en los móviles.

En Internet, claro, se habla mucho de zombis, pero muy poco de las picaduras que dejan a los zombis catatónicos.

El tiempo pasaba y ellos seguían buscando. Me estaba poniendo muy nerviosa. Iba a pegarles un buen berrido para que me hiciesen caso, pero no hizo falta, porque la madre de Antxón lo hizo por mí:

—Por favor, Nicolás, ya estás yendo a la asociación a buscar a alguien que sepa cómo ayudarnos. ¡Ahora mismo! —gritó mientras empujaba a su marido hacia la puerta.

El padre de Antxón se puso la chaqueta, más por ocultar su podredumbre que porque hiciese frío, y se marchó. Nosotros nos quedamos allí parados, mirando a Amaia. No sé si era una simple impresión, pero me pareció que estaba cada vez más pálida.

Le pedí a Antxón que me acompañase a casa a contárselo a mis padres, a ver si también podían ayudar.

—Bueno, es que... Casi mejor me quedo aquí y espero a que vuelva mi padre —me contestó, mirando de soslayo a Rober.

Claro, lo que no quería era que su amigo se diese cuenta de que le daba miedo venir a mi casa. Solté un bufido.

—Pues vale, no me acompañes, ya voy yo sola —repliqué con la esperanza de que se ablandase.

Pero no logré nada, incluso se sentó en el sofá reivindicando su postura. Y a mí no me quedó otra opción que irme sola a casa.



“Qué exagerado”, pensaba yo mientras bajaba las escaleras. “Qué miedica”. Y total, anda que tener miedo de mi hermano pequeño, que solo tiene cuatro años.

Antxón siempre dice que Lucía, mi hermana mayor, le cae bien, que es muy simpática, además de ser íntima amiga de Amaia, pero que no puede ni ver a Iván. Y mira que es mono mi hermano pequeño. Tiene el pelo rubio y rizado como un angelito y la cara llena de pecas, como yo.

Antxón cree que mi hermano tiene celos de él y que le hace cosas malas cuando nadie lo ve. Está pirado. Es verdad que Iván me quiere un montón y siempre intenta estar conmigo, pero lo del accidente de las escaleras fue sin querer. Es más, estoy segura de que Antxón se tropezó él solito y echa la culpa a Iván porque no quiere quedar en ridículo. Y aquella vez que apareció su mochila tirada en el patio interior de mi edificio... Eso también se puede explicar de mil formas. Un poco raro, sí, porque Antxón estaba convencido de que la había dejado en una silla de la cocina, pero seguro que fue lo típico, que la soltó en el alféizar de la ventana sin darse cuenta y de ahí se resbaló hasta el patio. Pero, nada, para Antxón la culpa siempre la tiene Iván. Sin embargo, lo que de verdad me fastidiaba era que

hubiese dejado de venir a casa por lo de la puerta. Fue un pequeño error de Iván, pero, claro, como Antxón se lo toma todo siempre a la tremenda... Encima que Iván quería jugar con él...

Estábamos los dos en mi cuarto, haciendo los deberes de la señorita Olga, cuando Iván apareció sonriente.

—Hola, *Antxón*. —Todavía no pronuncia muy bien ciertas palabras, es tan mono—. *¿Quiedes jugad* conmigo a quién *code* más por el pasillo?

Antxón se levantó como un resorte. Le había gustado que Iván le invitase a jugar. No es por presumir, pero es que Antxón se muere por ser mi novio. Yo no quiero. No es que no me guste, es que... No sé bien cómo explicarlo... Es todo un poco raro. Bueno, pues eso, que quería llevarse bien con mi hermano porque intentaba ser mi novio.

Así que se levantó de la mesa y se acercó a Iván, que le iba explicando dónde ponerse:

—Tú *codes* por el pasillo y yo lo *conomedto*.

—Venga, chaval. —Antxón me sonrió mientras le daba una palmadita a mi hermano.

Iván se colocó en la otra punta del pasillo, al lado de la puerta de la cocina, que era la meta, con un cronómetro en la mano.

—*Pepadados*, listos, ya... —gritó Iván desde el otro extremo antes de apretar el botón del cronómetro.

Antxón se lanzó como una bala por el pasillo. Pasó por delante de mí tan rápido que se le movían los mofletes de un lado al otro. En pocos segundos había atravesado todo el corredor. Ya había levantado los brazos en señal de triunfo porque alcanzaba la meta, cuando la puerta de la cocina, la que está al final del pasillo, se cerró de golpe. Así, de pronto, Antxón se estampó contra ella con tal fuerza que rebotó hacia atrás. El cuello se le partió y una de sus orejas salió volando y se quedó pegada en el cristal del retrato de Van Gogh, justo donde debería estar la oreja del pintor.

Me asusté mucho al principio, porque se quedó allí tirado, en el suelo, sin moverse. Pero, tras unos segundos de angustia, se levantó con la cabeza colgando hacia un lado y vi que en realidad no había para tanto.

Me eché a reír.

Él me miraba superindignado.

—Oye, que me regeneraré entero esta noche, pero el tortazo duele —se quejaba.

Yo no podía parar de reírme. Estaba muy muy gracioso, así, con la cabeza colgando boca abajo. Parecía que se reía en lugar de estar enfadado, y como los ojos



ya no estaban colocados justo encima del cuerpo, sino al lado, no hacía más que darse golpes con el marco de la puerta cada vez que intentaba entrar en mi cuarto.

—Pareces una farola. Bueno, un “farolo”. —Y volví a echarme a reír.

Él se iba mosqueando cada vez más a medida que yo iba soltando tonterías. Pero es una cosa que tengo, que cuanto más inoportuno es, más me cuesta callarme y dejar de repartir gracietas.

Al final conseguí controlarme. Después de todo, se había dado un buen golpe, y es verdad que doler, duelen. Pero luego se sentó en mi cama e intentó recolocarse.

Como no veía bien, lanzaba las manos al aire, hacia donde creía que estaba su cabeza, para agarrarla. Parecía que estaba bailando. Me entró la risa floja de nuevo. Tanta, que empezó a dolerme la barriga. Al final me apiadé de él, porque las comisuras de sus labios no hacían más que ir hacia arriba, lo que significaba que se estaba enfadando cada vez más.

Me acerqué y le coloqué la cabeza en su sitio. Fui a por cinta de embalar y le uní bien los dos trozos de cuello. Arranqué la oreja del cuadro de Van Gogh y se la pegué con otro trozo, pero se le caía. Nunca hubiese

imaginado que la oreja de Antxón pudiese pesar tanto. Al final tuve que darle dos vueltas a la cinta de embalar para que se sujetase la dichosa oreja. Cuando acabé, parecía una momia. A él no le hizo gracia. Le tuve que dejar tumbarse un rato en la cama porque decía que estaba mareado.

Luego fui a por Iván. Se había encerrado en su cuarto porque esperaba represalias. Le tuve que asegurar que no, que Antxón no le haría nada.

—La puerta se *cedó* de golpe, Noíta.

—Sí, ya sé que a ti nunca se te ocurriría hacer algo así, Iván.

—No, Noíta, yo nunca le *hadía* eso a tu amigo.

Iván entiende que Antxón es solo un amigo. No como Lucía, que está todo el rato metiéndose conmigo porque dice que tengo novio.



Bueno, pues desde aquel incidente, inexplicablemente, Antxón ya no quiere subir a mi casa. Así que, el día que Amaia se quedó paralizada, me tuve que ir sola a por mis padres, y cuando les conté lo que había pasado, se pusieron a hacer llamadas como locos. Entre

llamada y llamada me preguntaban cómo había sucedido todo, horrorizados. Cuando terminaron, fuimos a la asociación.

El local de la PAHC está entre una frutería y un restaurante chino, por lo que siempre que voy me entra hambre, aunque los zombis no necesitemos comer. Parece un local pequeño, pero lo escogieron porque tiene sótano, y allí es donde celebramos las reuniones para que no entre nadie de improvisto.

Aquel día bajamos las escaleras corriendo. El local había sido una escuela de danza, por lo que tiene hasta un pequeño escenario desde el que suelen hablar los coordinadores de la asociación. Esta vez, aparte de los organizadores, se habían subido mi padre y el de Antxón. Mi madre había ido a casa de Antxón a hacer compañía a la suya, que no se quería separar de Amaia. Rober y Antxón llegaron unos minutos después.

—Hola. Un, dos, tres...

El coordinador general empezaba las reuniones siempre de la misma manera, una forma educada de pedirnos que nos callásemos.

—Como todos sabréis ya, porque estas cosas corren como la pólvora, a uno de nuestros miembros le ha picado una abeja...

—¡Un mosquito! —gritamos Antxón y yo a la vez.

—Bueno, pues un mosquito. El caso es que Amaia se encuentra en estado catatónico y, por lo que parece, empeora por momentos.

Se oyó un tremendo “oh” en la sala.

—Como también sabréis, pues es un problema que nos preocupa desde hace un tiempo, en nuestra comunidad no tenemos ningún doctor que pueda explicarnos lo que ha sucedido. Se ha barajado la posibilidad de convertir a algún científico o investigador en zombi para que ingrese en nuestra asociación, pero no nos parece ético. Además, de poco serviría si lo hiciésemos ahora, ya que, de momento, hasta que empezase a investigar, solo podría aplicar medicina convencional, que no sabemos si puede ayudar a Amaia o hacer que empeore.

Se oían murmullos. La gente estaba asustada. Lo que le había sucedido a Amaia podía pasarle a más zombis. O cualquier otra cosa de las muchas que desconocíamos. Llevábamos siendo zombis muy poco tiempo, no teníamos ni idea de lo que podía hacernos daño o curarnos.

—Le hemos inyectado un antihistamínico, por si se tratase de una reacción alérgica, pero no ha funcionado. Solo nos queda una opción...